

Círculo Rojo

MISTELA



Mistela



José Miramón López

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: febrero 2018
Segunda edición: junio 2018

Depósito legal: AL 332-2018

ISBN: 978-84-9183-746-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: José Miramón López
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Fotografía de cubierta: 123rf - Kichigin Aleksandr

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

José Miramón López

A mi pueblo



Contenido

Nota del autor 11

Primera parte 15

Segunda parte 79

Tercera parte 313

Nota del autor

Inventar ficciones es una forma de ejercer la libertad individual. La vida, de una forma u otra, comprime al espíritu humano, de manera que algunos tendemos a evadirnos viajando a mundos ficticios donde damos rienda suelta a nuestra imaginación elaborando historias. Ese es el motivo fundamental por el que se ha escrito esta novela; al mismo tiempo, he intentado plasmar en sus páginas un reconocimiento a mi tierra.

Realmente, la misma nace de intentos fallidos de otras anteriores, donde no acabó de prender la semilla literaria que intenté sembrar, de modo que he llegado a la conclusión de que yo no la elegí, sino que fue ella quien me eligió para desarrollarla. He intentado hacerlo poniendo mi máxima capacidad de persuasión para tratar de acortar al máximo la distancia entre la ficción y la realidad, haciéndola lo más creíble posible a mis lectores; para ello, me documenté y apoyé con total rigor en sus elementos históricos. El resultado es una novela difícil de clasificar en un solo estilo, puesto que podría catalogarse a la vez de novela histórica, de viajes, romántica, costumbrista, etc.

La novela se titula *Mistela* en referencia al peculiar licor ambarino elaborado de forma tradicional y artesanal en Arriate y el valle del Guadalcobacín. La narrativa cuenta dos historias cuyos personajes coinciden en el espacio, pero no en el tiempo. La primera, descrita por un narrador omnisciente, se desarrolla en la época de la Guerra de la Independencia, mientras que la segunda, narrada en primera persona, se gesta en la Edad Media. La primera relata la vida de una pareja que vive bajo las amenazas de la guerra y la intolerancia racista. La segunda es un libro de viajes de un joven desarraigado abierto al mundo. Existe

cierto paralelismo en dichas historias, unidas, en parte, por un espacio común, vivido en tiempos diferentes y por un oficio similar entre sus personajes: el arte de producir vinos.

En la novela se refleja la sombra que proyecta el hombre efímero sobre los paisajes eternos, mostrando destellos del amor, la amistad, la creatividad, la fe, la perseverancia, el desarraigo, la intolerancia, la avaricia, el poder, la lucha, la guerra, la enfermedad y la muerte. Todo converge hacia un sorprendente final que, a la vez, resulta ser una especie de guiño de gratitud a mi pueblo.



Referencia A La Segunda Edición

Para un escritor novel que edita una primera obra siempre es una satisfacción poder realizar una segunda edición. Ello es una buena señal, ya que pone en evidencia una demanda del libro por parte de lectores, generalmente guiados por las impresiones de quienes la leyeron con anterioridad.

El novelista nunca debe sentirse satisfecho con lo que hace. Lo que se termina de escribir nunca es tan bueno como podría ser. Siempre hay que soñar y apuntar más alto, tratar de ser mejor que uno mismo y perder el miedo de expresar las ideas. El fracaso en el camino de la escritura es detenerse. No escribir por quién tiene necesidad de hacerlo es apagarse, endurecerse y perder libertad, con el consiguiente daño al proceso creativo. La paciencia lo es todo y hay que tenerla siempre, porque una obra generalmente es más buena cuando brota de la necesidad.

Los escritores noveles debemos entender la escritura como una pasión y no cómo una profesión. Eso da libertad y margen a quienes ejercemos la escritura como un placer propio. Es cierto que vendrán días en blanco, tal vez semanas, o incluso meses, pero de nuevo brotará la necesidad de dar rienda suelta a la palabra para elaborar nuevos sueños y con ello satisfacer el espíritu.

Por ello, los comentarios de quienes leyeron la primera edición de *Mistela* me animan a seguir escribiendo. Mi objetivo no es la fama ni el enriquecimiento, sino transmitir y llegar al alma del lector. Muchos me dijeron que lloraron o que vivieron momentos de angustia, algunos que

les sirvió para evadirse, otros para instruirse… etc. Cualquiera de esos argumentos, son válidos para entender que las palabras escritas llegaron a producirles emociones y conocimientos. Ese es el verdadero pago a mi ilusión por escribir.

Espero que esta segunda edición de *Mistela* pueda llegar a muchos más lectores y serles útil para evadirse del mundanal ruido cotidiano y viajar a otras épocas y otros mundos fantásticos y lejanos donde puedan encontrarse a sí mismos.



Primera parte





Los azares de la vida son tales, que toda eventualidad se hace posible.
André Maurois

Cuanto más pequeño es el corazón, más odio alberga.
Victor Hugo

El amor mueve el sol y las estrellas.
Dante Alighieri

Hasta aquel momento nunca había creído en el destino. Siempre pensó que el azar marcaba el sino de la vida. Sin embargo, al contemplar a la luz de la vela los destellos que desprendía el licor ambarino y olfatear su aroma, un escalofrío estremeció todo su cuerpo y entonces comprendió que nada de lo que le había ocurrido había sido fruto de la casualidad. Con delicadeza tomó la copa de licor por el tallo y la elevó, como si de un cáliz se tratara, con la suavidad y la destreza de un experto. La miró a trasluz buscando una danza de almas diluidas en su interior. Bastó un solo instante para que la fragancia y el resplandor fulgurante de la joya líquida le anunciaran su presencia y, entonces, se dispuso a compartir con ellas el espacio y el tiempo. Brindó a modo de consagración y después de olfatear una mezcla de olores que le recordaron el campo en verano, acercó el fino borde del cristal a sus labios para saborear aquel néctar sublime que contenía la esencia de sus recuerdos. Contempló el fuego de la chimenea encendida durante toda la noche, a sabiendas de que lo hacía por última vez, y recordó lo primero que hizo al llegar a esa casa, años atrás. Era una noche oscura de invierno y necesitó la ayuda de un candil para introducir la pesada llave en la cerradura corroída por el óxido hasta abrir la vieja puerta, que emitió un chirrido en forma de protesta antes de permitir su paso al interior. Ella le siguió temerosa, muy de cerca, tanto que él podía sentir el calor que desprendían sus pechos sobre su espalda. Al instante, percibieron la desnudez del lugar, con la única presencia del frío, el polvo y el olor a humedad. No existía el más mínimo vestigio humano y su impactante silencio reflejaba una larga ausencia de ecos flotando en su aire. Aun así, les satisfizo porque les ofrecía protección y seguridad. Llevaban tres días cabalgando con ventisca bajo la lluvia, huyendo del miedo. Aprovechaban la oscuridad de la noche para desplazarse y descansaban ocultos durante el día. A pesar de que apenas veían más allá de un palmo, consiguieron llegar gracias al plano que les había facilitado don Andrés Dávila. Estaban exhaustos. Encendieron la chimenea y se desprendieron de sus ropas mojadas, que pusieron a secar cerca del fuego. Tras limpiar parte del polvo del suelo, extendieron una manta gra-

zalemeña y se tumbaron buscando el calor. Abrazados y en silencio contemplaron las llamas queriendo leer en ellas el futuro y, sin darse cuenta, sucumbieron ante el sueño inmediatamente después de hacerlo al calor humano. Les despertaron la frialdad del alba y los primeros rayos de luz que atravesaban las rendijas de la ventana. La curiosidad hizo que se vistieran deprisa y salieran al exterior de su nuevo hogar para ver amanecer. La claridad tenue de un cielo gris les permitió contemplar por primera vez su entorno. Era una finca situada en un rellano encima de un cerro desde donde se divisaba todo el valle. Al Sur, esta sucumbía en un profundo despeñadero donde se ubicaban nidos de rapaces y pequeñas grutas camufladas por higueras bravías y zarzales que habían irrumpido y crecido de forma silvestre, a su libre albedrío, cubriendo el tajo y sus aledaños. Por el contrario, hacia el oeste, el terreno formaba una suave ladera donde existía una vieja viña que acababa en la orilla del río Guadalcobacín. Al este se encontraba un gran llano de tierra oscura con diferentes árboles frutales, sobre los que sobresalían tres viejos nogales que parecían encontrarse ubicados en los vértices de un imaginario triángulo equilátero, que por su tamaño y ramaje, parecían tres gigantes vigilando la casa. También había tres grandes majanos de piedras colocadas en forma de pirámide, situados equidistantes de sus nogales más cercanos, y una acequia para el riego que delimitaba la finca y la separaba del camino que bajaba hacia el valle por un vallado de arbustos silvestres. Al norte, el terreno ascendía buscando el pueblo, Arriate, que se encontraba media legua más arriba y del que solo se contemplaba parte del campanario sobresaliendo por encima de unas lomas que lo resguardaban. La casa era pequeña y sencilla, con anchos muros de piedra que durante siglos habían aguantado dignamente un tejado de tejas árabes sujeto por vigas de encina ennegrecidas por el humo, a las que la polilla aún no había sido capaz de destruir. Poseía dos pequeñas ventanas con gruesos barrotes de hierro a ambos lados de la entrada. Su puerta era robusta, de madera de castaño, con varias hileras de grandes tachuelas y una cerradura cuadrada muy oxidada que, además, anclaba un gran cerrojo externo de hierro que se introducía en el muro haciéndola aún más segura e infranqueable. Tenía un pequeño ventanuco con una rejilla en su parte superior que se usaba como mirilla y una gatera en una esquina inferior. Era muy antigua y daba la impresión de que jamás se dejaría traspasar por nada, ni siquiera por el alma de los que allí dentro habían vivido. El interior era oscuro, sobrio, con una gran chimenea en

un lateral y parco en muebles. Solo disponía de una pequeña alacena, una cantarera y una mesa de la misma hechura que la puerta de entrada. Era una propiedad muy antigua de la familia Dávila y don Andrés la había puesto a su disposición nada más conocer el peligro que corrían sus vidas. Fue en Jerez, unas semanas atrás, en casa de don Juan Haurie, el dueño de la bodega para la que trabajaba, quien al conocer su situación, intercedió por él a pesar de que sabía que perdería a un trabajador leal y creativo, probablemente el mejor de todos; pero tenía una deuda adquirida desde hacía muchos años con su padre y en recuerdo a su memoria se sentía obligado a ayudarle. Fue en el año 1792 cuando, tras comprar unos viñedos, recurrió a él para que abandonara Francia y viajara hasta Jerez para elaborar vinos y comenzar a fabricar un *brandy* lo más parecido posible al *cognac*. Tras el inicio de la revolución, había abandonado París y no volvió a Reims, su lugar de nacimiento, donde era muy conocido, por miedo a que lo delataran como colaborador de la monarquía. Se asentó en las afueras de Burdeos cuidando un pequeño viñedo a orillas del estuario de la Gironda. Fue *madame* Pompadour quien lo había llevado al palacio de Versalles desde la abadía benedictina de Hautvillers, donde había aprendido el arte de elaborar vino. Trabajó para los frailes en la producción del *champagne* y después lo hizo para la corte, seleccionando los vinos para palacio. Allí tuvo la oportunidad de desarrollar su creatividad elaborando licores. Posteriormente, siguió al servicio de Luis XVI y María Antonieta, quienes le encomendaron la elaboración de sus propios caldos en la región de la Champagne. Sin embargo, la revolución le obligó a huir y vivir oculto. Hacía poco tiempo que había enviudado y vivía solo con su hijo Michel cuando llegó el ofrecimiento de su amigo Haurey, quien le requería para iniciar la elaboración de vinos de la uva extraída de sus nuevos viñedos adquiridos en Jerez. Le habló de la excelencia de aquella tierra debido a la influencia del clima atlántico y mediterráneo y le comentó que los irlandeses ya se habían percatado de ello y habían iniciado sus propias producciones en ese lugar, tratando de competir con los vinos que los ingleses producían en Madeira y Oporto. No le costó mucho decidirse. Era una oportunidad para salir de un país convulso e inseguro y seguir haciendo lo que más le gustaba. Aceptó la propuesta y llegó a Jerez acompañado de su hijo de diez años. Se instaló en un caserío que formaba parte de la bodega y dedicó el resto de su vida a la elaboración de unos vinos que pronto fueron reconocidos en toda Europa. Su hijo Michel creció a su

lado recibiendo de él una educación francesa. Fue un niño solitario, sin apenas amigos, que aprendió a hablar con dificultad un español con marcado acento galo, gracias a los trabajadores de la bodega y, especialmente, a Lola Vargas, la mujer de raza gitana que hacía las labores domésticas en su casa. De su mano conoció la ciudad y a algunos chiquillos de su familia, con los que compartió a ratos juegos de infancia. Le llamaban el Francesito y se reían de él por su larguirucho cuerpo de piel clara y, sobre todo, por su torpeza a la hora de trepar a los árboles. Le enseñaron a buscar nidos de pájaros, a cazar conejos con hurones y a pescar barbos en el río Guadalete. También a robar membrillos y melones y a coger espárragos trigueros por el campo. De aquellos pobres gitanillos aprendió a desenvolverse sin miedo en la naturaleza. Después, cuando creció, descubrió en los vendimiadores la condición humana. Supo que unos le llamaban Michel y otros, el Franchute.

Una docena de vendimias fueron suficientes para transformar aquel cuerpo infantil en el de un hombre apuesto y estilizado, de pelo largo y claro y unos ojos del mismo color que el cielo, que delataban su extranjería. Durante ese tiempo adquirió dos grandes aficiones: el caballo y la guitarra flamenca. Cuando era niño, el cochero del señor Haurie le enseñó a montar en una yegua torda y con los años se convirtió en un experto jinete. Un día, su padre, poco antes de morir, le sorprendió regalándole un precioso caballo blanco cartujano de pura raza, que desde entonces se convertiría en su más leal acompañante. Le puso de nombre Burdeos y a su grupa recorrió gran parte de Andalucía. Su afición por el flamenco la adquirió de Antoñete, hermano menor de Lola Vargas, tocaor de guitarra, al que solía acompañar a las tabernas en las que se celebraban fiestas flamencas. Allí pudo escuchar el más puro cante jondo del pueblo gitano de Jerez, de donde nació su pasión por las cuerdas. En los atardeceres de verano, bajo la parra de su casa, hacía sonar, cada vez mejor, una guitarra que le había hecho un artesano de Algodonales. Con el tiempo se convirtió en asiduo de las improvisadas noches flamencas que, de forma natural, como la misma uva, se organizaban en Jerez.

El destino comenzó a dirigir sus pasos desde niño y fue precisamente su afición al flamenco la que le permitió contemplar, por primera vez, a la que algunos años después se convertiría en su mujer.

Fue en una de aquellas noches de vendimia en las que, tras una dura jornada, los trabajadores se relajaban y disfrutaban improvisando una fiesta flamenca. Al toque de la guitarra de Antoñete y al cante por bulerías de un viejo gitano, fue empujada a bailar en el centro de la reunión, cerca del fuego, una niña gitana que se encontraba en edad floreciente, impresionando a todos los presentes con su arte. Michel abrió bien los ojos para contemplar su belleza y el contoneo de su cuerpo adolescente, pero aún habría de pasar un tiempo para abrirle su corazón. Fue al final de una laboriosa vendimia cuando volvió a encontrarla, pero esta vez, ella ya se había convertido en toda una mujer en plena flor con una belleza que abrasaba. Era una gitana alta, de piel morena, frente amplia y ojos color miel con mirada de fuego, nariz fina y labios carnosos que siempre esbozaban una sonrisa reprimida por la timidez. Poseía un cuello largo y esbelto, unos pechos tersos y una cintura de alfarería. Sus nalgas, fuertes y redondeadas, parecían los capiteles de dos hermosas piernas, que cuando caminaba parecían danzar sobre el suelo gracias a sus delicados pasos. Fue el choque de dos miradas, una clara como el amanecer y otra oscura como el anochecer, lo que abrió dos corazones ávidos de amor, que a partir de ese momento se fundieron para siempre superando todas las dificultades y las trabas que el destino interpuso entre ellos. Sus padres la habían comprometido para un casamiento con Chicuelo, un joven gitano. Las familias sellaron ese acuerdo cuando eran niños. Sin embargo, a ella no le agradaba el muchacho, que tenía fama de violento y borrachín, al que solo conocía de vista. Era obstinada y no se doblegaba fácilmente ante los designios familiares y por su cabeza jamás pasó la idea de resignarse a la voluntad paterna, a pesar del inmenso respeto que sentía por él. Mientras creció, siempre tuvo el presentimiento de que su destino cambiaría algún día. Se sentía condenada a vivir en el futuro con alguien a quien su corazón no había elegido y, aunque ello era una cuestión normal en su mundo y se respetaba como pacto de honor entre las familias, nunca se resignó a admitirlo. Sin embargo, un día el amor apareció en su vida haciéndole olvidar su propio yo, sus obligaciones y sus compromisos. Desde aquel momento ocupó toda su existencia y su fuerza la llevó a perder el miedo y, a pesar de que era consciente de las consecuencias que acarrearía su decisión de entregarse a su amado, nada ni nadie en el mundo podría impedirlo.

Michel había perdido a su padre. Recibió de él sabiduría y nunca dejó de sorprenderle. El mismo día de su muerte, en plena agonía, con dificultad para respirar y la voz entrecortada, le indicó que buscara un pequeño cofre bajo un hueco protegido en la alacena. Una vez en sus manos, lo abrió para que su hijo contemplara su contenido.

—Hijo, en este pequeño cofre está el fruto del trabajo de toda mi vida. También contiene un recuerdo entrañable de tu madre.

Con manos torpes y temblorosas extrajo de su interior un collar que contenía tres rubíes y se lo puso en la mano, diciéndole:

—Este fue el regalo que un día tu madre recibió de mí. Al morir ella, lo traje conmigo a esta tierra y muchas noches, cuando eras niño y dormías, lo tomaba entre mis dedos y lo acariciaba pensando que en sus piedras aún percibía el tacto y el calor de su piel; después cerraba los ojos y me quedaba dormido recordándola. Ahora siento que mi vida se acaba y mi amor permanece inalterable; una parte de mí murió con ella y la otra permanece viva en ti. Quiero que lo tomes como su mejor recuerdo y que si alguna vez otra mujer ha de lucirlo, deseo que sea la elegida por ti. El resto son monedas de oro en las que invertí, poco a poco, el dinero que ahorraba con mi trabajo. Con ello tendrás suficiente para vivir holgadamente; sin embargo, para mí es más importante que hayas recibido una educación y aprendido el arte de crear buenos licores y vinos.

Michel contempló la belleza del collar y avivó el recuerdo lejano de su madre. Ahora que sentía próxima la muerte de su padre, aumentó su sentimiento de orfandad y, más que nunca a lo largo de su vida, sintió la ausencia materna.

—No te quedes estancado en lo que sabes y guarda bien los secretos que de mí aprendiste, pero sigue investigando. Prueba nuevas mezclas de uvas e inventa otras fórmulas para licores; explora el mercado de las frutas exóticas de América y los aromas de Oriente y trata de poner siempre cariño y amor a un oficio que has heredado desde la más alta escuela en este arte.

—Sí, padre. Así lo haré…, te lo prometo.

Tomó sus manos entre las suyas y las besó con veneración.

Su padre murió en sus brazos y fue enterrado en una tierra lejana a la que le vio nacer. El sepelio fue íntimo y a él asistieron pocas personas. Había vivido en el silencio y murió de la misma manera. Michel asumió su responsabilidad en la bodega y su labor pronto fue reconocida por los trabajadores y el dueño. Llevado por un fuerte entusiasmo, en poco tiempo elaboró las bases para dos tipos de *brandy* diferentes. Uno de ellos, con un sabor dulzón e impregnado por aromas de pasas malagueñas, por encargo de una familia aristocrática francesa instalada en la Palma del Condado. El otro, más fuerte y con aromas de vainilla, para la duquesa de Alba. A partir de entonces, su vida estuvo dedicada plenamente al trabajo en la bodega y cuando salía a cabalgar con Burdeos era solo para visitar los viñedos.

Fue en la viña donde su corazón se abrió de par en par ante la gitanilla que ya había florecido. Por primera vez, quedó hechizado por el amor y sintió como su mente, su corazón y su cuerpo dejaron de ser libres; desde entonces se subyugaron a la esperanza y al deseo de aquella hermosa joven, quien también había experimentado con la misma fuerza la pasión más bella y noble de la naturaleza humana. A partir de aquel momento, la necesidad de estar juntos era prioritaria en sus vidas. Sabían que su relación nunca sería aprobada por la familia de ella y que corrían peligro en los encuentros a escondidas en que se citaban a través de Lola Vargas, quien temblaba de miedo a sabiendas de lo que aquello podría acarrear. Callaba porque el francesito había crecido sobre su falda y, al igual que una mujer que amamanta, ella lo sentía como algo suyo.

Fue en la orilla del Guadalete, entre adelfas rojas, donde Michel deshojó la margarita. El destino estaba escrito y, entre ellos, verse, oírse y no amarse era un sufrimiento. Olvidaron su propio yo y se amaron sin medida. Se entregaron en cuerpo y alma para dar satisfacción a sus corazones. Todo parecía poco. El tiempo y el espacio eran insuficientes y tenían necesidad de agrandarlos y compartirlos y se juramentaron que lo harían para siempre.

A partir de aquel día, comenzaron a vivir juntos bajo la amenaza gitana. A la familia de ella se le exigió desagravio de honor por parte de la del Chicuelo y este, a su vez, juró venganza. Vivían bajo la coacción, pero respaldados por el aislamiento de la bodega; cuando salían lo ha-

cían con miedo, pues eran conscientes de que sus vidas corrían peligro. Michel sabía desde niño cómo manejaban las navajas de muelle los gitanos y de qué manera sus afrentas las llevaban hasta la muerte. Por si era poco, la situación de la pareja empeoró con la invasión francesa. Napoleón, con el pretexto de pasar a Portugal, invadió España y provocó una guerra que enfrentó al pueblo español contra el mejor ejército del mundo. La vida en Jerez, que era una ciudad con inversiones e intereses extranjeros, se volvió hostil. De un lado estaban los anglófilos, liderados por Jacobo Arthur Gordon, un ricachón de origen inglés que había alojado en su casa a *lord* Wellington y, de otro, los francófilos, liderados por Juan Haurie, su patrón, que veía con buenos ojos la llegada de los franceses a la ciudad.

Alertado por los fusilamientos del 2 de mayo en Madrid, el pueblo de Jerez se levantó en protesta contra lo que consideraba una embajada francesa, la bodega de Haurie, que tuvo que ser protegida por las fuerzas del orden y ni siquiera la intercesión de los monjes capuchinos apaciguó la furia popular, solo disuelta por una estampida provocada de reses de toros bravos frente a la multitud. Aquello encrespó aún más al pueblo frente a Haurie, que a partir de entonces tuvo que vivir protegido y recluido en su bodega a la espera de la llegada de las tropas francesas.

La situación de la pareja era muy peligrosa y Michel, consciente de ello, acudió al señor Haurie un atardecer, solicitándole ayuda. Este le recibió en el patio de su residencia jerezana, mostrándose sumamente atento y comprensivo; no en vano le conocía desde niño y le tenía un afecto que rozaba lo paternal.

—Buenas tardes, señor Juan —le dijo Michel tras quitarse el sombrero de ala ancha con el que se cubría.

—Buenas tardes, Michel —contestó afablemente el señor Haurie. ¿Qué te trae por aquí? Sospecho que debe ser algo importante. En estos días, los problemas se recrudecen y vivimos en continua tensión. Toma asiento y dime qué deseas.

Michel se sentó en una silla de enea junto a una pequeña mesa donde compartieron una copa de vino de su propia cosecha.

—Como usted sabe, he crecido entre estos muros. Cuando llegué era un niño y acababa de perder a mi madre. Vine desde Francia acom-

pañando a mi padre, un hombre atormentado por las desgracias que huía de su pasado. Fuimos bien acogidos por usted y poco a poco nos adaptamos a esta tierra. Mi padre dedicó el resto de su vida exclusivamente a su trabajo y, salvo mi educación, no le interesaba nada de lo que ocurría fuera de los muros de la bodega. Sin embargo, yo, conforme crecía, aprendí a amar esta tierra y la tomé como mía. Recorrí sus campos y sus playas, adquirí sus costumbres y su lengua, sus comidas y hasta su cante. Bajo este mismo cielo, un día descubrí el amor y desde aquel momento supe que nada volvería a ser igual para mí. Nadie puede saber cómo, cuándo, ni por qué se enamora y ese momento llegó para mí en circunstancias adversas. Mi amada es gitana y tenía apalabrado por su familia su casamiento con un gitano al que no quiere. Por renunciar a ello y huir conmigo ambos estamos amenazados de muerte por su propia familia y la del gitano a quien había sido prometida. Por otro lado, la guerra ha roto la calma de la gente y la ha exaltado hasta el levantamiento popular; los pocos franceses que vivimos aquí hemos pasado a ser personas *non gratas* y se nos señala como invasores, cuando llevamos años creando riqueza y trabajo para ellos; pero la ira es ciega y la masa enfurecida no entiende de razones. Me señalan como un franchute y noto el desprecio en sus ojos. La violencia puede prender en ellos tan fácil como el fuego en la hierba seca, expandiéndose rápidamente y sin control, abrasando todo lo que encuentre. De nada servirá el que trabajara junto a ellos en la vendimia; tampoco tendrán en cuenta que mi padre les enseñó a plantar cepas y a hacer vinos. He contraído nupcias en secreto y comenzado una nueva vida junto a mi esposa y deseo vivirla intensamente; pero aquí no puedo, me siento desprotegido. Necesito marchar a un lugar seguro; no sé si algún día volveré, pues nadie sabe lo que durará esta guerra y menos aún, cuánto tiempo permanecerán vivos el odio y la necesidad de venganza en el corazón de los gitanos.

El señor Haurie le había escuchado atentamente. Era un hombre reflexivo al que sus pensamientos no le permitían gesticular. Sus pequeños ojos claros protegidos por los cristales de unas viejas lentes emitían una mirada impasible que nadie sabía interpretar. Sus palabras se hacían esperar y durante esa pausa permanecía inmóvil como si ahorrara una energía que después utilizaría en la profundidad de su verbo.

—Querido Michel, sabes que te tengo gran estima. Para mí eres como un hijo. Te he visto jugar de niño y crecer entre estos muros. La

bodega ha sido tu casa y me llena de tristeza tu deseo de marchar. En unos meses cambiarán las cosas para bien. Estaremos seguros, protegidos por el ejército francés y crecerá nuestra producción. Tendremos la oportunidad de comprar algunas bodegas de capital inglés, que se venderán a precio de saldo, ante la amenaza francesa. Además, estoy negociando con los monjes la adquisición de la cartuja con toda su yeguada y, conociendo tu afición por los caballos, había pensado que nadie mejor que tú para regentarla.

Michel se sintió halagado al escuchar de su patrón palabras afectuosas ofertándole un trabajo tan apasionante. Regentar la cartuja con su yeguada y tener libertad creativa en la bodega eran lo máximo a lo que podía aspirar; pero era consciente del peligro que corría su vida y la de su esposa, no solo por los avatares de la guerra, siendo francés, sino también por la amenaza gitana. Estaba decidido a huir a algún lugar donde pudiera vivir sin miedo.

—Me resulta halagador que piense en mí para ese proyecto, pero las circunstancias no me permiten aceptarlo. Ojalá la realidad fuera otra. Nada me gustaría más que seguir la senda creativa que marcó mi padre. Se lo prometí en su lecho de muerte, pero quiero vivir y crear una familia. Recibí en herencia lo suficiente como para vivir el resto de mis días. Quiero que usted, con su influencia, me ayude a buscar un lugar alejado de aquí donde mi mujer y yo vivamos en paz y pasemos desapercibidos.

El señor Haurie le miró a los ojos y descubrió en ellos el brillo de las lágrimas y en ese momento comprendió que su insistencia sería inútil.

—En breve me visitará mi socio y amigo rondeño, don Andrés Dávila. Es un hombre rico, culto y comprensivo. Conoce la serranía de Ronda como nadie y es dueño de múltiples haciendas. Tal vez pueda ayudarte y ofrecerte alguna casa en algún lugar tranquilo y aislado donde puedas hacer realidad tus sueños —le contestó a la vez que le ponía su mano derecha en el hombro.

—¡Gracias! No esperaba menos de usted —le dijo Michel, que se fundió con él en un emotivo abrazo.

Días después acudió a Jerez el señor Dávila, que escuchó con atención la solicitud de Haurie para su empleado. Era un hombre rechoncho, tranquilo y tolerante, de aspecto bonachón. Transmitía serenidad

y la sensación de que el tiempo corre muy lentamente a su alrededor. Le fue presentado a Michel quien, desde ese primer instante, supo que había encontrado a alguien que, sin duda, siempre le ayudaría. Le explicó que poseía una casa en unas huertas cercanas a Arriate, una pequeña villa próxima a Ronda, ciudad comercial y capital de la serranía, donde él habitaba. Era una vieja casa heredada de sus antepasados que poseía una huerta y una viña. Siempre estuvo deshabitada y la utilizaba solo para ir a cazar o a pescar. Se conservaba en buen estado gracias a sus anchos muros de piedra y las gruesas vigas de encina que sujetan su tejado. Le parecía el lugar idóneo por su aislamiento, aunque estaba relativamente cerca de un carril que unía el pueblo con el Llano de la Cruz. No aceptó ningún dinero por su renta argumentando que bastaba con que su amigo, el señor Haurie, le hubiera pedido con tanto empeño ese favor. Le dijo que no importaba el tiempo que necesitaran vivir en ella y estaba seguro de que, cuando se la devolvieran, la encontraría en mejor estado que el actual.

Sellaron el acuerdo con un apretón de manos en presencia del señor Haurie y quedó en enviarle un emisario con la llave y un plano de su situación. Al mismo tiempo, le ofreció su casa, situada en el barrio antiguo de Ronda, por si necesitaban algo de él en un momento dado.

Unos días más tarde, en plena noche, Michel montó su caballo blanco Burdeos y su mujer a Zalama, una yegua negra que había adquirido recientemente para ella. La lluvia y el viento, aunque azotaron sin descanso sus capotes, se convirtieron en grandes aliados facilitando su huida. Tardaron casi tres días en llegar a la que sería su nueva vivienda. Los primeros días en aquel lugar fueron de reconocimiento. Su mujer acondicionó la casa, que se convirtió en un hogar iluminado, cálido y confortable al que no le faltaban flores y el aroma andaluz. Michel acudió al pueblo para comprar todo lo necesario para su nuevo hogar. También hizo acopio de víveres, media docena de gallinas y un par de cerdos. En pocos días disponían de su propio gallinero, una porqueriza y una cuadra para Burdeos y Zalama. Después comenzó a adecentar toda la hacienda, empezando por los alrededores, donde descubrió un pequeño horno de leña que reconstruyó para elaborar su propio pan. También dispuso una carrucha y una cuerda atada a un cubo en el pozo, comprobando que este se renovaba continuamente de agua fresca y potable con la que llenarían sus cántaros y cubos para el riego y la limpie-

za. Trabajaban duro de sol a sol, pero se sentían recompensados por la enorme ilusión que les proporcionaba dar forma a su nuevo hogar. Eran felices y por la noche sus cuerpos chocaban entre sí a modo de brindis amoroso al que seguía un reconfortante sueño. El amanecer cada día era menos extraño y más bello. El canto del gallo o el relincho de Burdeos les abrían los ojos para descubrirse nuevamente el uno al lado del otro.

Llevaban una semana habitando allí y la casa ya desprendía vida. Aún no había tenido tiempo para remozar la vieja viña abandonada en la ladera del río, que se encontraba algo distante de la vivienda. Pensaba obtener de ella su cosecha y ver qué rendimiento daban sus uvas, por si fueran adecuadas en el futuro para la elaboración de vinos, en pequeñas cantidades. Era su oficio y lo que más le gustaba hacer; tenía la necesidad de seguir investigando nuevas fórmulas y crear nuevos vinos y licores que quizá nunca serían vendidos. Su espíritu creativo le embargaba continuamente el pensamiento; era incapaz de vivir sin cavilar sobre el mundo de la uva. Por ello, aún no había querido acercarse al viñedo tras una lejana y superficial inspección que hizo a su llegada. Deseaba dejarlo para el final, cuando todo lo necesario para habitar el hogar estuviera terminado. El viñedo requeriría una labor minuciosa en la que el tiempo no se tendría en cuenta. Continuó trabajando en la huerta durante varias semanas, encauzando la acequia y las regueras, sembrando semillas, podando y plantando árboles frutales y desbrozando hierbas y zarzales.

Un día, al amanecer, se dirigió hacia el tajo situado al sur de la vivienda con la idea de liberar parte del terreno invadido por las zarzas. Tras varias horas de trabajo de azada, hoz y hocino, descubrió una vieja puerta situada en lo que parecía la boca de una gruta, que, por su situación en la misma cara del tajo, habría permanecido oculta e inaccesible durante mucho tiempo. Era difícil y peligroso acercarse a la misma y tuvo que colocar un par de vigas en forma de puente colgante para acceder hasta ella. Era una puerta muy vieja, de madera de castaño, cubierta de musgo, cerrada por una cadena y un antiguo candado oxidados. Con la ayuda de herramientas, consiguió abrir un eslabón tras golpearlo en varias ocasiones sobre la roca con una cuña de hierro; después, empujó y zarandeó la puerta hasta abrirla. Penetró en el interior y observó que se trataba de una gruta espaciosa y parcialmente iluminada por unos rayos de luz que penetraban a través de varios orificios redondos que

daban al tajo, que más que ventanas, parecían respiraderos. El polvo y los excrementos de murciélagos cubrían el suelo. El techo en forma de bóveda, aunque estaba negro por el hollín, se mostraba aún más oscuro por la presencia de cientos de murciélagos colgados, como si fueran pequeñas estalactitas vivientes, que permanecían inmóviles a pesar de su presencia. Un ruido vibratorio le sobresaltó cuando apenas había dado un par de pasos hacia dentro. Inmediatamente pensó que era una tela sacudida bruscamente por el viento; sin embargo, se trataba de un ave rapaz que había anidado en uno de los respiraderos y echó a volar al oír sus pasos. El suelo crujía al pisarlo y sus botas se hundían varios centímetros en el estiércol. Durante un instante pensó que lo utilizaría como abono para el cultivo de la huerta. Conforme avanzaba, la sala se agrandaba y la penumbra se adueñaba de la misma. Dedujo que parte de ella se encontraba bajo la casa y pensó que tal vez hubiera un pasadizo que las comunicara. El aire estaba viciado y su olor era desagradable, mezcla de humo, estiércol y vinagre. Su olfato, acostumbrado desde niño a distinguir entre vinos y licores, percibió el olor añejo y avinagrado dentro del habitáculo oscuro y sospechó que allí se había fermentado uva. Tras acomodar la vista, observó la silueta de una vieja prensa de uvas rodeada por canastas de mimbres y algunas cestas de esparto. También algunas pequeñas barricas y varios cubos y vasijas. Unos pasos más adelante había un viejo alambique de gran tamaño cubierto de una pátina verde azulona, que le hizo pensar que había permanecido mucho tiempo sin airear. Tuvo la impresión de que nadie había penetrado en aquel lugar durante siglos. Más adentro descubrió los cuellos de grandes tinajas fermentadoras que sobresalían del suelo donde estaban incrustadas y otras de diferentes tamaños adosadas a la pared de la cueva. Al lado de aquellas, unas hornacinas que contenían damajuanas. Siguió caminando y en un antro en la profundidad de la cueva, a resguardo de la escasa luz de los respiraderos, había decenas de botellas antiguas selladas con estaño dispuestas en botelleros con forma de estantería, cubiertas de polvo, excrementos de murciélagos y telas de arañas. Frente a ellas había un banco de trabajo, donde existían varios alambiques de cobre de pequeño tamaño, un par de sopletes de fuelle y probetas de diferentes alturas y diámetros. Todo estaba dispuesto de forma que parecía que aquel lugar se había abandonado precipitadamente y había permanecido olvidado en el tiempo durante siglos. Durante un momento dudó si permanecer allí o salir para llamar a su mujer y mos-

trarle el sorprendente hallazgo. Se decidió rápidamente y volvió acompañado por ella y por un candil de carburo que les permitió contemplar la integridad del recinto.

Se trataba de una pequeña y centenaria bodega, cuyas características hablaban del espíritu creativo de quien la construyó. Michel no daba crédito a lo que sus ojos contemplaban. Le parecía muy extraño y casual que precisamente él, cuya vida había transcurrido siempre en una bodega, encontrara otra oculta bajo la casa donde se había refugiado huyendo de la guerra y la intolerancia; parecía que el destino le tenía guardada una grata sorpresa. Sintió un deseo enorme de salir y mirar las viejas cepas del viñedo al que aún no había prestado atención. Algo le hacía suponer que quien allí había vivido anteriormente era un gran entendido en vinos y licores y, por las razones que fueran, había pretendido ocultar la bodega. La entrada era muy difícil de descubrir y de abordar, al encontrarse en pleno desfiladero del tajo. Supuso que el señor Dávila desconocía su existencia. Acompañado por su mujer, revisó cada rincón y pudo comprobar que existía una pequeña escalera que ascendía hasta la casa y topaba con una puerta de madera que coincidiría con una abertura sobre el suelo en una esquina del salón. Se acercó a las botellas y miró algunas de ellas a trasluz, descubriendo que sus contenidos eran diferentes. Las había de color rosado, rojo, verde, pero las más frecuentes eran de color ámbar. Su experiencia abortó su deseo de abrirlas. Encontró más herramientas y enseres cuya disposición indicaba que la dinámica de trabajo de aquel lugar se había interrumpido precipitadamente. Ella elevó el candil por encima del banco de trabajo y distinguió en alto, sobre el frontal de la pared, una pequeña alacena con una pequeña puerta de madera tallada en estilo árabe. Michel la abrió sin dificultad y encontró libros, manuscritos, reglas, compases, punzones, sellos, lupas y otros objetos cuya utilidad desconocía; pero lo que más llamó su atención fue una botella de cristal en forma de pera finamente tallada, con un tapón de plata sobre el que pudo distinguir el dibujo de una estrella de David, que, a su vez, contenía otras de tamaños cada vez más pequeños en su centro. Le pareció que estaba vacía, pero al elevarla pudo comprobar que en su interior había un pequeño pergamino enrollado y atado por un fino cordón dorado.

—¿Qué será eso? —le preguntó ella, intrigada por el hallazgo.

—No lo sé, pero parece algo valioso —le respondió Michel—. Nos la llevaremos a la casa y con cuidado trataremos de sacar el pergamino de su interior.

—¿No te parece extraño lo que nos está sucediendo? —le dijo ella al mismo tiempo que se abrazaba a él.

—Es cierto, es tan extraño que me estremezco; tengo la sensación de haber estado aquí antes —le contestó Michel, quien le dio un apretujón y un beso en la frente—. De momento, no le vamos a decir nada al señor Dávila y mantendremos este hallazgo en secreto. Este lugar nos puede servir de refugio en algún momento. Trataremos de averiguar quién lo construyó y qué tipo de vinos y licores elaboraba aquí e intentaremos ponerlo en marcha en el futuro, aunque para ello necesitaremos mucho tiempo.

Ambos abandonaron el lugar llevando consigo la botella que contenía el pergamino enrollado y atado por el cordón dorado. Ella se dirigió a la casa mientras él cerró la vieja puerta de madera de la cueva, que cubrió con ramas de árboles, retirando posteriormente las vigas que había utilizado para abordarla. Después, no pudo reprimir su curiosidad y corrió hasta la viña, a la que apenas había prestado atención desde su llegada. La había contemplado desde lejos a sabiendas de que le llevaría mucho trabajo y tiempo rehacer su cultivo; lo consideraba una labor tan minuciosa que prefirió afrontarla después de habilitar la vivienda y sus alrededores. Una vez descubierta la bodega subterránea, presentía que el viñedo le podía ayudar a conocer más sobre la intrigante personalidad del que había hecho todo aquello. Al llegar comprobó que la mayoría de las cepas estaban secas y, las que sobrevivían, lo hacían en forma de brotes salvajes crecidos de las raíces de las anteriores. De inmediato, supo que no eran de uvas palomino, como las de Jerez. Existían diferentes tipos de cepas y, salvo las de tempranillo, plantadas próxima al río, las demás no eran uvas autóctonas. Identificó cepas francesas de cabernet sauvignon y pinot noir y además las syrah persas. Confirmó sus presagios. Quien plantó aquel viñedo trajo uvas allende los Pirineos varios siglos atrás. Debió ser alguien que había viajado mucho y conocía perfectamente su oficio. Regresó a casa, deseoso de descubrir cuál era el contenido del pergamino introducido en la preciosa botella. Comprobó que su mujer le había limpiado el polvo y la había colocado en el centro

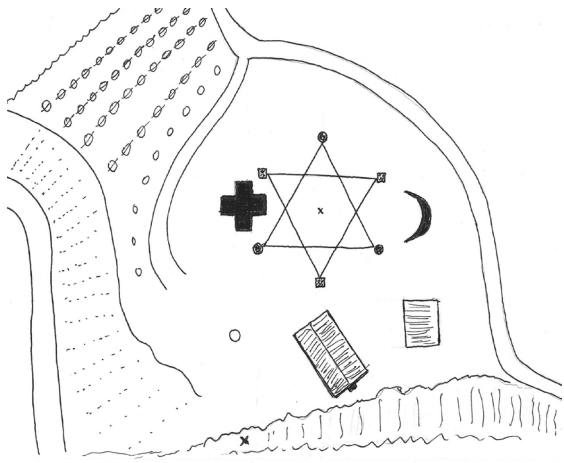
de la mesa. Su impaciencia le llevó directamente a la misma sin darse cuenta de que también había descubierto, camuflada bajo el suelo, la trampilla que comunicaba la vivienda con la bodega.

—Estás tan intrigado por su contenido que no te has percatado de que he abierto la trampilla —le dijo ella, orgullosa de su descubrimiento.

Él se acercó a la esquina del salón y comprobó cómo la apertura dejaba ver una escalera con varios escalones que comunicaban con la cueva. La trampilla estaba cubierta por varias lozas similares al resto del suelo, que la camuflaban cuando se cerraba.

—Es magnífico, pasa totalmente desapercibida —le contestó Michel—. Cada vez siento más curiosidad por saber quién vivió aquí. He comprobado que la mayoría de las cepas de la viña fueron traídas desde fuera de España y eso no era habitual en la época en que se plantaron.

Se sentaron alrededor de la mesa y él tomó con delicadeza y sumo cuidado la botella. Era de un cristal fino y transparente, tallado en la picada y en la parte baja del cuerpo y del cuello. La miró a trasluz contemplando cómo el pergamino se movía en su interior. El cristal emitía un fino sonido con el golpeteo del cordón que lo envolvía. Parecía de oro. Era fino y estaba labrado. Tomó el tapón de plata en su mano y trató de abrirla. Tras un par de intentos, logró desenroscarla y la puso bocabajo, cayendo sobre la mesa el cordón dorado y el pergamino. Deshizo su nudo y se lo dio a ella; mientras, él desenrollaba el pergamino que era de una piel estirada, parecida a la de un antiguo tambor, y en su cara oculta mostraba un dibujo. Parecía un plano en cuya zona central existía una estrella de David, formada por dos triángulos equiláteros contrapuestos, que en sus vértices poseían tres círculos para un triángulo y tres cuadrados para el otro.



En la parte izquierda de la estrella había una media luna y en la derecha, una cruz. Alrededor había varios dibujos con formas diferentes que no lograba identificar: una pequeña circunferencia al lado de un rectángulo y, por encima de este, otro menor. Muchos pequeños círculos, puntos y rayas, que parecían disponerse con cierta uniformidad y otras líneas paralelas onduladas que delimitaban el dibujo.

Miró una y otra vez con suma atención aquel plano sin lograr identificar su contenido. No había nada escrito, aunque el centro de la estrella de David estaba señalado con una pequeña aspa.

—El cordón es precioso, creo que es de oro y su labrado es muy extraño, parece muy antiguo —le dijo ella a la vez que se lo mostraba.

Michel lo cogió y lo miró detenidamente. El tallado era de una orfebrería muy fina y delicada, que mostraba diminutos motivos florales y espigas. Supuso que tendría cientos de años. En ese momento, recordó el collar que le dio su padre antes de morir y que guardaba en secreto. Cuando vio la expresión de alegría que le produjo la joya a su mujer, pensó en la sorpresa que algún día le daría regalándole el collar que perteneció a su madre, aunque ese momento aún no había llegado.

—Sí. Es de oro —dijo Michel tras morderlo—. Es una joya muy antigua. No sé a qué época pertenece, pero tal vez sea medieval. Cuando

vaya a Ronda lo llevaré a un joyero y le pediré que le adapte un cierre para que te lo cuelgues.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias, cariño! —le contestó ella a la vez que le abrazaba y le besaba la mejilla.

Michel dobló el pergamino y lo ató con un lazo de tela roja de los que su esposa usaba para recogerse el cabello. Sacó los caballos de la cuadra y los llevó a beber al río. Después se sentó bajo uno de los gigantescos nogales y contempló cómo retozaban. Burdeos jugueteaba con Zalama, quien no se dejaba coger. El caballo blanco perseguía a la yegua negra a la que inicialmente dejaba ir y, segundos después, relinchaba e iniciaba una carrera tras ella demostrándole su fuerza. Zalama se retorcía, agachaba su cabeza y giraba cambiando bruscamente de dirección, mientras Burdeos se frenaba, paraba y emitía un nuevo relincho de protesta para volver a iniciar una nueva persecución. Le satisfacía verlos sanos y juguetones. Eran una pareja de animales que compartían con ellos el destino. Les limpió la cuadra y los dejó en libertad hasta la caída de la tarde.

Durante la cena, bajo la luz del candil y el fuego de la chimenea, abrió de nuevo el pergamino sobre la mesa y lo miró una y otra vez, buscando su significado sin encontrarlo. Estaba tan abstraído que no se percató de que ella había calentado agua y, tras despojarse de sus ropas y recogerse el pelo, lavaba por partes su cuerpo en el pequeño baño de madera delante de la chimenea. Las sombras que provocaba el movimiento de sus brazos delante del fuego sobre el pergamino llamaron su atención. Giró instintivamente el cuello y contempló su desnudez. Sentada en un pequeño banco de madera con los pies introducidos en el baño, ella izaba el brazo izquierdo mientras secaba suavemente con una toalla su costado desde la axila hasta la cadera. Cambió de postura y comenzó a secarse su cuello desnudo. El reflejo de las llamas cambiaba la tonalidad de su piel morena haciéndola aún más seductora. Pensó en Burdeos y sus relinchos. Inspiró profundamente y después emitió un suave suspiro que exhalaba parte del calor que producía el fuego iniciado en el interior de su cuerpo. Sigilosamente, se acercó a ella por detrás llevando en su mano el cordón de oro, que deslizó por su espalda. El frío metal le provocó un sobresalto, pero al comprobar su cercanía, se relajó y se dejó caer hacia atrás ladeando su cuello, permitiendo que los cálidos

labios de él lo besaran suavemente. Hizo el gesto de sacar los pies del baño para secarlos, pero él sostuvo con fuerza sus brazos, impidiéndolo. No medió palabra alguna, solo el diálogo de las respiraciones agitadas, el que existe entre un hombre y una mujer cuando comienzan a amarse, que se mezclaba con el ruido de las llamas y el chapoteo de sus pies sobre el baño. Él se arrodilló y comenzó a besarla recorriendo suavemente su espalda, desde la nuca hasta ese lugar donde el cuerpo comienza a dividirse en dos. Ascendía con sus labios, escalando los laterales de la pared vertical de su abismo femenino hasta alcanzar sus axilas. Se desprendió de su camisa y pegó su pecho cálido sobre la espalda de ella, introduciendo las manos bajo sus brazos y atrayéndola hacia él en un suave abrazo mientras besaba su cabello. Tomó sus pechos percibiendo la impronta de sus pezones sobre las palmas de sus manos. Los acarició y sintió la más delicada turgencia del cuerpo de su mujer, al mismo tiempo que besaba el lóbulo de su oreja, para después deslizarse por su cuello hasta el hombro. Ella giró su cabeza buscando de nuevo la calidez de sus labios. Varios besos suaves bastaron para enardecer sus cuerpos. Él se colocó de rodillas delante de ella y extrajo sus pies del baño, secándolos con delicadeza. Después los besó suavemente ascendiendo hasta sus muslos. Separó sus piernas y se colocó entre ellas alzando su cabeza hasta alcanzar de nuevo sus labios en un beso profundo, apasionado y prolongado, al mismo tiempo que su mano acariciaba la frondosidad de su monte de Venus percatándose del calor y la lubricidad de su sexo. Besó sus pechos que se erizaron y los succionó, mientras ella gemía y le acariciaba sus cabellos, e inmediatamente después se dejó caer besando su vientre hasta llegar a beber el néctar de sus entrañas. Las respiraciones se habían vuelto quejosas y el cuerpo de ella comenzó a moverse rítmicamente sobre el banco en un baile pélvico incontrolado. Él se puso de pie, la tomó en sus brazos y la llevó hasta la cama, donde la amó con frenesí. Después quedó sumido en un sueño profundo. Ella contempló su cuerpo desnudo y lánguido tras la batalla del amor. Estaba orgullosa de su propia fuerza femenina, de esa energía delicada y suave con la que una mujer es capaz de derrotar el vigor brutal de un hombre. Se sentía complacida por el hecho de complacer. Sintió tensión en su bajo vientre y se levantó procurando no despertarle. Prefirió salir fuera de la casa en vez de utilizar el bacín. Se echó una manta por encima para cubrir su desnudez y protegerse del fresco de la noche. El silencio nocturno se veía interrumpido por el canto de una lechuza en un árbol cercano y

los ladridos lejanos de algunos perros. Tras aliviar su vejiga contempló el cielo. La luna en cuarto creciente se mostraba titubeante, apareciendo y desapareciendo momentáneamente entre las nubes. Una sensación de mal presagio recorrió su cuerpo y sintió miedo. Se introdujo apresuradamente en la casa y atrancó la puerta. Anduvo presta hasta la cama introduciéndose suavemente entre las sábanas y acurrucándose junto a él buscando calor y resguardo.

Las siguientes semanas fueron de trabajo duro; entre ambos limpiaron la bodega. El estiércol de los murciélagos lo desparramaron y mezclaron con la tierra de la huerta. Ventilaron la cueva quitando la maleza que cubría los respiraderos, lo que a su vez permitió que la luz del día penetrara e iluminara la estancia y el olor avinagrado del aire se dulcificara. Los murciélagos abandonaron poco a poco el oscuro techo de la cueva y ella limpió pacientemente, una a una, cada botella. Con la ayuda de una pequeña escalera, Michel limpió el interior de las grandes tinajas incrustadas por el fermento del vinagre; también, lo que pudo, la pátina del viejo alambique. Después liberó el banco de trabajo de todos los objetos que tenía encima y colocó sobre él todos los libros y manuscritos de la alacena. Eran más de una docena de libros, todos muy antiguos, con tapas y tamaños diferentes, y más de veinte manuscritos, la mayoría de los cuales se encontraban enrollados y atados con cintas de cuero que desprendían un olor rancio. Observó los detalles de sus cubiertas de cuero, quedando especialmente sorprendido por la laboriosidad de algunas de ellas. Los abrió y observó que estaban escritos en lenguas extrañas y desconocidas por él. Los acarreó a la casa y cada noche los hojeaba con curiosidad tratando de descifrar sus contenidos. Por las características de sus letras, identificó, al menos, cinco lenguas diferentes. Todos menos uno estaban escritos a mano con caligrafías muy precisas, pero diferentes. En algunos de ellos pudo apreciar dibujos que orientaban sobre la materia que trataban. Había libros de astronomía, medicina, orfebrería y relacionados con el cultivo de la vid. De aquellos que no poseían dibujos no pudo descifrar la materia sobre la que versaban; sin embargo, en algunos de ellos observó la estrella de David y en otros, una media luna, lo que le hizo pensar que pudieran ser libros religiosos relacionados con la religión judía y musulmana. Pero había un libro, el más grueso, que llamó poderosamente su atención. Su encuadernación mostraba unas ilustraciones a relieve con un dibujo

del paraíso y la presencia de Adán y Eva. Era un labrado excepcional por su belleza y la minuciosidad de sus detalles. Las esquinas estaban adornadas por elementos florales entre los que se incrustaban pequeñas piedras preciosas de diferentes colores. Era el más voluminoso de todos y el único cuyas letras estaban impresas. Le pareció escrito en latín y supuso que era una Biblia, aunque diferente a todas las que había visto anteriormente, por su antigüedad y belleza. Los guardó con cuidado en una talega para mostrárselos al señor Dávila, que era un hombre muy estudioso y culto, sin explicarle su auténtica procedencia, porque, de momento, no le mencionaría el descubrimiento de la bodega.

Una madrugada, mucho antes de amanecer, preparó a Burdeos, cargó sus alforjas con los libros y marchó a Ronda. Por seguridad, emprendió el camino antes de la salida del sol. El país estaba en guerra abierta con los franceses y siempre existía el riesgo de encontrarse con soldados o guerrilleros a los cuales le resultaría muy difícil explicar su situación. Él era de nacimiento y educación francesa, pero había crecido en España. Vestía como los españoles: chaquetilla corta, camisa de algodón parcialmente cubierta por un fajín de tela roja que le ayudaba a mantenerse erguido sobre la montura, pantalón a rayas de tela dura y botas altas de cuero hechas a su medida en Jerez. Llevaba la cabeza cubierta por un catite y del hombro le colgaba una manta de viaje grazalemeña de colores muy vivos. Llevaba siempre consigo una pistola Lefaucheaux de retrocarga de dos cañones, que descargaba dos balas de un solo disparo. También una navaja de muelles camuflada en su fajín y un trabuco naranjero de cochero que colgaba a su espalda. Siempre, antes de salir, ocultaba en un hueco que había excavado en la pared posterior de la chimenea, un par de alforjas de cuero donde guardaba sus pertenencias y la aleccionaba a ella sobre lo que tenía que hacer durante su ausencia, procurando salir lo menos posible de casa y ocultarse en caso de extrema necesidad en la bodega.

Aún era de noche cuando llegó a Ronda. Había visitado la ciudad cuando era un jovenzuelo acompañando a su padre y al señor Haurie, a una corrida de toros donde hubo un mano a mano entre Pepe Hillo y Pedro Romero, quedando impresionado por la valentía y el arte de ambos toreros. Le pareció una ciudad encantada. Las calles y las iglesias de la ciudad vieja, sus murallas, sus puentes, especialmente el puente nuevo, hecho a una altura como jamás había visto otro, la

plaza de toros con columnata y arcada de piedra y la vista que ofrecían sus montañas azules al atardecer le hechizaron para siempre. Sin embargo, ahora las circunstancias habían cambiado y la guerra no le permitía recorrer sus calles libremente sin miedo a tener algún contratiempo. Por ello, marchó bordeando el mercadillo y bajando hasta el puente romano para ascender a la casa del señor Dávila, situada en la ciudad antigua. Era un palacete grande y antiguo de estilo barroco con un frontispicio de sillería de piedra que poseía una puerta enmarcada por cuatro columnas corintias, con el acanto formado por hojas exóticas sudamericanas, que sostenían un gran balcón de forja rondeña. Ambos estaban rodeados de una cenefa donde existían bajorrelieves con motivos florales y frutales que aludían al nuevo continente, con cuya conquista la familia estaba relacionada históricamente. En la parte superior, el balcón estaba cubierto por un frontón cuya base estaba sostenida por cuatro figuras indianas. En su tímpano se encontraba esculpido el escudo de armas de su familia. Desmontó y ató el cabestro de su caballo a una reja de un callejón colindante. Aunque era muy temprano, se dirigió de inmediato a la casa, pues así lo habían acordado previamente.

El señor Dávila era un hombre de costumbres fijas. Se acostaba muy pronto y se levantaba antes del amanecer para comenzar el día en su biblioteca. Era un humanista, amante de la Historia, que pasaba horas traduciendo manuscritos antiguos procedentes de archivos históricos. Quería escribir un libro sobre la historia de Ronda y llevaba años trabajando en ello. Era muy afable, de esas personas que al conocerlas te aseguran fiabilidad, honradez y bondad. Su comunicación no verbal y su inteligencia apabullaban. Como historiador, siempre buscaba en el mundo exterior; recababa en las fuentes accesibles el dato que le llevara a la veracidad de los hechos. Seguía con rigor el método de estudio establecido. Su trabajo requería esfuerzo, sacrificio y la aplicación de la lógica. Además, se exigía ser independiente, inquebrantable e incorruptible, siempre fiel a la verdad. Su discurso siempre era preciso, milimetrado por los códigos y encorsetado por la exactitud. Su labor requería mucho tiempo, pero sabía que su fruto, aunque tardío, se perpetuaría en forma de legado a las futuras generaciones.

Tras golpear en dos ocasiones la puerta con el picaporte que tenía forma de cabeza de azteca, le abrió el ama de llaves. Era una mujer